

Cuando el silencio fecunda la palabra

Gabriel Alejandro Mancilla Yáñez

Escuela Nacional Preparatoria, Plantel 4, Vidal Castañeda y Nájera

alefilos@gmail.com

Reseña curricular:

Licenciado en filosofía por la UNAM

Profesor de asignatura "A" interino de la ENP

Actualmente imparte las materias de Lógica, Ética e Historia de las doctrinas filosóficas en el Plantel 4 de la ENP.

Resumen:

Cuando el silencio fecunda la palabra se genera otra posibilidad de comunicación; no como una renuncia a hablar ni como una negación de la palabra, sino como la posibilidad de generar otro tipo de diálogo; ya que cada una de las lenguas y de los hablantes se colocan constantemente en el lugar desde el cual se enuncia el mundo, dicen lo que es y, por consecuencia, imponen su palabra no sólo al mundo, sino a los otros. En este sentido el silencio puede colocarse como un espacio de denuncia hacia el propio lenguaje, ya que consideramos que el silencio es lo que tienen en común todas las lenguas, y por ello, puede establecer un diálogo no que intenta eliminar a la palabra, sino precisamente fecundarla.

Cuando el silencio fecunda la palabra

Introducción:

El siguiente trabajo tiene la intención de reflexionar acerca del silencio como un modo distinto de generar un diálogo; no se trata de una renuncia a hablar, sino de una denuncia del lenguaje. Se trata de proponer al silencio como una forma de crítica, como una forma de alejarnos de la palabra, no para renunciar a hablar, sino para decir, tal vez, con mayor fuerza eso que la palabra no puede. En primer lugar hablaré de los límites de la palabra, para después abordar el problema del silencio desde el Génesis bíblico; por último reflexionaré acerca del silencio como un modo de fecundar la palabra.

Cuando el silencio fecunda la palabra

Las verdades son ilusiones que se han olvidado que lo son, metáforas gastadas cuya virtud sensible se ha deteriorado.

Nietzsche

Hablar del silencio desde las palabras puede sonar absurdo, porque hablar implica romper el silencio. Cuando hablo, cuando utilizo las palabras me desprendo del silencio; de modo que la única forma de hablar del silencio de una manera más adecuada sería callando; pero es justo por esta imposibilidad de guardar el silencio por lo que intentamos hablar. El silencio no se guarda, no podemos encerrarlo; el silencio está puesto en libertad. Son las palabras, tal vez, las que de alguna manera pretenden atrapar el silencio, pretenden detener, definir, poner límites al silencio; son esas palabras, tal vez, las que de algún modo, quieren impedir el movimiento.

Cuando decimos algo pretendemos que eso que decimos siempre signifique lo mismo, que cuando digamos, por ejemplo: azul, no nos estemos refiriendo al rojo, sino que azul siempre sea azul, y así con todas las palabras. Pretendemos que las palabras tengan una relación estrecha con las cosas nombradas, aunque esas cosas no sean necesariamente lo que nosotros decimos de ellas; por ello hay tantos modos de nombrar el mundo como lenguajes sobre la tierra:

Claude Duret señala que los hebreos, los cananeos, los samaritanos, los caldeos, los sirios, los egipcios, los fenicios, los cartagineses, los árabes, los sarracenos, los turcos, los moros, los persas y los tártaros escriben de derecha a izquierda, siguiendo así “el curso y movimiento diario del primer cielo, perfectísimo, en opinión del gran Aristóteles, acercándose a la unidad”; los griegos, los georgianos, los maronitas, los jacobitas, coftitas, los serbios, los posnanos y, de cierto, los latinos y todos los europeos escriben de izquierda a derecha, siguiendo “el curso y movimiento del segundo cielo, conjunto de los siete planetas”; los hindúes, los catenos, los chinos y los japoneses escriben de arriba abajo, según “el orden de la naturaleza, que da a los hombres la cabeza alta y los pies bajos”; “al revés de los anteriores”, los mexicanos escriben o bien de abajo a arriba o bien “en espirales, como las que el sol hace por su curso anual sobre el zodiaco”.¹

Tal vez por ello cada lengua pretende mostrar que ella es la que nombra verdaderamente al mundo; cada cultura intenta colocarse en el lugar desde el cual se enuncian las verdades, el lugar desde el cual se nombra al mundo; y tal vez, por ello, dejamos de escuchar y nos concentramos en hablar. Pensamos que somos nosotros los que sabemos lo que es el mundo, que nuestra palabra nombra verdaderamente lo que son las cosas y dejamos de escuchar para concentrarnos en hablar, en imponer nuestra palabra a cada uno de los objetos, en lugar de permitirles que se muestren por sí mismos, en lugar de escucharlos; porque puede que sea precisamente el silencio lo que nos permita nombrar de mejor modo al mundo, puede ser que el silencio sea precisamente lo que todas las lenguas comparten; la pregunta que tenemos que contestar es: ¿Si es posible comunicarnos desde el silencio?

No se trata de un abandono absoluto de la palabra, sino de establecer una comunicación desde el silencio, dicho de otro modo, se trata de recuperar el silencio como una posibilidad de la palabra. Es como el árbol que nos hace audible el viento, ya que si no hay nada que choque contra el viento, nosotros no podríamos escucharlo; el viento sólo es audible porque algo, por ejemplo, un árbol, nos permite escucharlo (y no me refiero a nuestra capacidad de oír, sino a eso que lo hace *visible* al oído); pero tenemos que tener cuidado, porque en realidad lo que escuchamos no es el viento, sino el viento que choca con el árbol, es decir, escuchamos al árbol y al viento, una *conjunción* y no cosas separadas. Lo mismo ocurre con las palabras, no escuchamos el silencio que se rompe por las palabras, sino una serie de sonidos y silencios, en donde no existe prioridad

¹ Michel Foucault, *Las palabras y las cosas, una arqueología de las ciencias humanas*, trad., Elsa Cecilia Frost, México: Siglo XXI, 2005. p. 45.

de uno por encima del otro; no es que el silencio sea primero y luego venga el sonido, sino que precisamente la conjunción de ambas hace posible la palabra; como si éstas fueran un viento que rozan las ramas de los árboles; y es en ese roce por el que intentamos descifrar sus secretos; porque esto es lo más importante que encontramos en las palabras: el secreto. La palabra guarda y libera un secreto: dice lo que somos.

Es por medio de la palabra que Dios hace el mundo, porque la palabra de Dios es una palabra creadora que en el momento de enunciar, crea, hace que surja el mundo: “En el comienzo de todo, Dios creó el cielo y la tierra. La tierra no tenía entonces ninguna forma; todo era un mar profundo cubierto de oscuridad, y el espíritu de Dios se movía sobre el agua. Entonces Dios dijo: “¡Que haya luz!”. Y hubo luz. Al ver Dios que la luz era buena, la separó de la oscuridad y la llamó día, y a la oscuridad la llamó noche”.²

Él dice: “Hágase la luz”, y la luz aparece como por arte de magia, pero no es que Dios diga y luego aparezca, sino que en el momento, en el instante que va diciendo, el mundo emerge; dicho de otro modo, la palabra de Dios es acción: es *verbo*; y con esa palabra creadora va haciendo al mundo, excepto al hombre, pues a nosotros nos forma de barro, nos hace con sus manos y en lugar de nombrarnos nos insufla el aliento: “Entonces Dios el Señor formó al hombre de la tierra misma, y sopló en su nariz y le dio vida”.³ No nombra al hombre sino que lo hace con sus manos para luego insuflarle el aliento; es decir, le da la capacidad de leer y nombrar lo que Él ha creado.

De este modo podríamos intentar definir al hombre como el ser del lenguaje, el ser que nombra el mundo a partir del lenguaje, pues su tarea es la de nombrar al mundo, la de decir lo que son las cosas como dice Benjamin: “El hombre comunica su propia esencia espiritual en su lengua. Pero la lengua de los hombres habla en palabras. El hombre comunica, por lo tanto, su propia esencia espiritual [...] nombrando todas las otras cosas”.⁴

² *Génesis*. I, 1-5.

³ *Ibid.*, II, 7.

⁴ Walter Benjamin. “Sobre el lenguaje en general y sobre el lenguaje de los hombres” en *Ensayos escogidos*, trad., H. A. Murena, México: Ediciones Coyoacán, 2008, p. 143.

El hombre adánico no tiene nombre, él lee el mundo; no impone su lenguaje, sino que lo descubre y lo recita como dice Foucault: “lo que Dios ha depositado en el mundo son las palabras escritas; Adán, al imponer sus primeros nombres a los animales, no hizo más que leer estas marcas visibles y silenciosas”;⁵ pero el hombre no tiene esencia, pues él no tiene nombre, su única tarea es la de leer el mundo; por ello, no puede haber nada fuera del lenguaje, porque todo lo que está hecho por Dios puede ser descifrado por el hombre, y lo que es nombrado⁶ por el hombre es lo que está dentro del propio lenguaje como si el lenguaje se dijera a sí mismo por medio del hombre: “La creación divina se completa cuando las cosas reciben su nombre del hombre”.⁷ Esto muestra de inmediato una dialéctica interesante, pues el mundo que está hecho de la palabra divina no sabe de sí, no se puede conocer, no se puede nombrar a sí misma; en cambio el hombre, que no está hecho por la palabra de Dios, puede conocer el mundo, pero no puede conocerse a sí mismo más que cuando nombra el mundo.

Aquí encontramos una diferencia importante con respecto al hombre y a Dios; ya que la palabra del hombre no es verbo, no es acción, no es una palabra que cuando se nombra emerge eso que es, no es una palabra creadora, sino que su palabra es *sustantivo*, es el nombre propio de las cosas; por ello, las conoce: mira el verbo de Dios y descubre el sustantivo, la sustancia, la esencia, el nombre propio, el nombre que le pertenece a la cosa y que debe ser nombrada.

El hombre adánico mientras se mantenga nombrando al mundo se siente parte de la creación; por ello en cuanto venga la prohibición divina, el hombre se descubrirá como un ser sin nombre, como ajeno al mundo, como una criatura distinta: ajeno, exiliado del mundo. En el momento en el que Dios le prohíbe comer del árbol de la ciencia del bien y del mal: “Es natural –nos dice Kierkegaard– que Adán no entendiese realmente estas palabras, pues ¿cómo había de entender la distinción del bien y del mal, si esta distinción era resultado de degustar la fruta del árbol? [...] La prohibición le angustia, pues la prohibición

⁵ Foucault. *Op Cit.*, p. 46.

⁶ Aquí el uso del término “nombrar” está utilizado más en su sentido de lectura en voz alta que en el de ser una denominación que encasille a las cosas: *definire*; nombrar es decir el nombre que Dios ha dado a la creación y que por ello lleva en sí misma.

⁷ Benjamin, *Op. Cit.*, p. 145.

despierta la posibilidad de la libertad en él”;⁸ de modo que cuando Adán escucha que él morirá si come del árbol no comprende qué significa esto, sin embargo, precisamente la prohibición despierta en él la angustia del *vértigo de la libertad*: “la angustia es la realidad de la libertad como posibilidad antes de la posibilidad. Por eso no se encuentra ninguna angustia en el animal; justamente porque éste, en su naturalidad, no está determinado como espíritu”.⁹

El hombre se angustia ante la prohibición y es en ese momento en el que se desprende de la naturaleza, establece una distancia entre él y la naturaleza. Ahora el hombre se sabe desnudo, se ve como un ser sin nombre, arrojado en el mundo, pero al mismo tiempo fuera del mundo: *existiendo* en calidad de *exiliado*: “La palabra *exilio* describe una situación desgarrada, marca una distancia fundamental con el origen, una nostalgia por el lugar a donde remiten los recuerdos”.¹⁰ Dios no expulsa al hombre, él se separa de la naturaleza al descubrirse diferente del resto de la creación, pues él no tiene una esencia, él no puede conocerse, sólo puede ejercer su libertad: “libertad que se pone a sí misma delante de sus ojos, en la angustia de la posibilidad, o en la nada de la posibilidad, o en la nada de la angustia”.¹¹

Así es como el hombre deja de nombrar al mundo y comienza a juzgarlo, dice lo bueno y lo malo (cuando Dios sabe que la creación siempre es buena), pero el hombre no lo sabe y lo juzga: “El conocimiento de las cosas está fundado en el nombre, mientras que el del bien y del mal es –en el sentido profundo en el que Kierkegaard entiende este término– “charla”, y conoce sólo la purificación y elevación, a la cual ha estado sometido el hombre charlatán, el pecador: el juicio”.¹²

Al juzgar al mundo el hombre se separa de su labor de leer los nombres de la creación y ahora intenta imponer su palabra, su lengua en el mundo; como dice Benjamin, no es sorprendente que después de la caída hubiera sólo un pequeño paso para llegar a la confusión de las lenguas, porque: “Al sometimiento de la

⁸ Kierkegaard, *Op. Cit.*, p. 46.

⁹ *Ibid.*, p. 43.

¹⁰ Pilatowsky. *La autoridad del exilio*, México: UNAM, 2008, p. 13.

¹¹ Kierkegaard, *Op. Cit.*, p. 76.

¹² Benjamin, *Op. Cit.*, 156.

lengua a la charla sigue el sometimiento de las cosas a la locura casi como una consecuencia inevitable”.¹³ De este modo la palabra del hombre se convierte en una palabra ruidosa, que ya no comunica, sino que juzga, impone y calla eso que antes le decía el mundo, eso que antes podía ver fácilmente y nombrar. Ahora impone su palabra con el ruido de sus botas, de sus tanques, de la guerra, del sometimiento del otro, callando y asesinando al que no hace lo que *mi* palabra ordena, recluyendo al que *mi* palabra ha decidido que es diferente. Es el ruido del fascismo, del capitalismo, del narcotráfico, de los militares y los policías, de las razas, las religiones y las naciones que se proclaman como únicas y superiores.

El hombre olvida su calidad de exiliado e intenta imponerse en el mundo: “El exilio como actitud significa el no estar dispuestos a colocar la tierra por encima de la vida. La tierra sólo se pone por encima de los muertos. Millones de personas han sido sacrificadas por este culto idólatra por la arcilla. La necesidad sedentaria de pertenencia no debe confundirse con el fundamento de la vida”.¹⁴ Sabernos exiliados no significa que no pertenecemos a ningún lugar, significa que estamos siendo desde afuera, desde la *existencia*; significa que necesitamos buscar el lugar al que pertenecemos, pero no como una meta a la que tenemos que arribar, sino como un lugar que se va construyendo mientras nos mantenemos en movimiento: “El silencio del lenguaje no puede limitarse a un espacio de carencia, a un “ya no hablar”, porque entonces deja de haber posibilidad para una comunicación en otro plano. Es importante recuperar el silencio activo, que comunica la desconfianza hacia el discurso”.¹⁵ Se trata de detener por un segundo nuestra palabra para aprender a escuchar el silencio del mundo y de los otros; se trata de que el lenguaje sirva como una forma de denuncia, un espacio que me comunique con el otro, en donde pueda escucharlo, en donde el silencio intente fecundar a la palabra.

Conclusión

Que el silencio fecunde la palabra puede sonar como algo imposible o utópico, pues, como dice Benjamin: «quisiéramos detenernos, despertar a los

¹³ *Ibid.*, p. 158.

¹⁴ Pilatowsky, *Op. Cit.*, p. 170.

¹⁵ *Ibid.*, p. 173.

muertos y recomponer lo despedazado, pero no podemos, porque una tormenta desciende del Paraíso arrastrándonos irremisiblemente hacia el futuro»;¹⁶ y por más que quisiéramos detener las palabras con el silencio, no podemos, pues algunas cuando son dichas, pierden su fuerza y caen en el olvido, mientras que otras intentan quedarse siempre en su mismo sitio; por ello, debemos alejarnos constantemente del lenguaje para construir una forma de denuncia: “Si es por medio del lenguaje como el hombre accede a su identidad, entonces debe alejarse de él, como lo ha hecho de la tierra”.¹⁷ Se trata de que nos alejemos del lenguaje para acercarnos a él, de callarnos para escuchar al otro y poder establecer un diálogo, precisamente, desde el silencio; un diálogo que se parezca de cierto modo a ese soplo que alguna vez Dios le insufló al hombre no como palabra, sino como un murmullo, como un susurro que intenta fecundar la palabra desde el silencio. Como nos recuerda Eduardo Galeano con la historia de: “El sacrílego”, en la que nos cuenta como seis hombres son quemados en Haití como castigo y escarmiento por haber hundido bajo tierra las imágenes de Cristo y la Virgen que Fray Ramón Pané les había dejado para su protección y consuelo: “Fray Ramón les había enseñado a orar de rodillas, a decir Avemaría y Paternoster y a invocar el nombre de Jesús ante la tentación, la lastimadura y la muerte. Nadie les ha preguntado por qué enterraron las imágenes. Ellos esperaban que los nuevos dioses fecundaran las siembras de maíz, yuca, boniatos y frijoles.”¹⁸ Algo que aún en la actualidad sigue vigente, pues en lugar de escuchar al otro y mirarlo como si fuera nuestro igual, le seguimos imponiendo nuestra palabra; pero tal vez el otro logre fecundarnos con su silencio, que es lo que tienen en común todas las lenguas y, entonces logremos que el silencio fecunde a la palabra.

Universidad Nacional Autónoma de México

Mayo de 2011

¹⁶ Para Stefan Gandler el Ángel de la Historia mira hacia porque: “estos actos revolucionarios son dirigidos a *parar la maquinaria*, detener el tiempo, interrumpir el progreso que en su ceguera y vaciedad es el aliado “natural” de los opresores y genocidas”. Cf. Stefan Gandler, *Fragmentos de Frankfurt*, México: Siglo XXI, 2009. p. 74.

¹⁷ Pilatowsky, *Op. Cit.*, p. 173.

¹⁸ Eduardo Galeano, *Memoria del fuego I. Los nacimientos*, México: Siglo XXI, 2002, p. 60.

Bibliografía

Anónimo, *La Biblia de Estudio, dios habla hoy*, s/trad., Brasil: Sociedades Bíblicas Unidas, 1994.

Benjamin, W. *El autor como productor*, trad., Bolívar Echeverría, México: Itaca, 2004.

_____ *La obra de arte en la época de su reproductibilidad técnica*, trad., Andrés E. Weikert, México: Itaca, 2003.

_____ "Sobre el lenguaje en general y sobre el lenguaje de los hombres" en *Ensayos escogidos*, trad., H. A. Murena, México: Ediciones Coyoacán, 2008.

_____ "Tesis de filosofía de la historia" en *Ensayos escogidos*, trad., H. A. Murena, México: Ediciones Coyoacán, 2008.

Foucault, M. *Las palabras y las cosas, una arqueología de las ciencias humanas*, trad., Elsa Cecilia Frost, México: Siglo XXI, 2005. [32ª.ed.]

Galeano, Eduardo. *Memoria del fuego I. Los nacimientos*, México: Siglo XXI, 2002

Gandler, Sfetan. *Fragmentos de Frankfurt*, México: Siglo XXI, 2009.

Kierkegaard, Soren. *O lo uno o lo otro, Un fragmento de vida I.* trad., Begonya Saez Tajafuerte y Darío González, Madrid, Trotta, 2006.

_____ *El concepto de angustia. S/T.*, México, Espasa-Calpe, 1940.

Pilatowsky, Mauricio, *La autoridad del exilio: una aproximación al pensamiento de Cohen, Kafka, Rosenzweig y Buber*, México: UNAM, 2008.